



# 1

Con el aire caliente atrapado en los pulmones, rodeé la camioneta y atisbé el interior en sombras, tan parecido al de otra camioneta no muy lejana. Esta se encontraba vacía, pero pronto yo ocuparía ese espacio. Sola. Por observar con tanta fijeza a la que pronto se convertiría en mi prisión, los ojos comenzaron a arderme y parpadeé fugazmente. *Esta vez es por decisión propia*, me recordé a mí misma.

–No tienes que hacerlo –dijo Will tomándome de la mano. Cuando sus dedos rozaron mi piel, mi pulso volvió a la vida y recobré súbitamente la respiración. Con él, todo era más fácil, tolerable.

Incluso esto.

A pesar de que el miedo se retorció en mi interior como un atizador ardiente, sacudí la cabeza con energía. Tuve que utilizar toda mi voluntad para desprenderme de su mano y sujetar el borde de la puerta.

—Sí, debo hacerlo —insistí, firme en mi decisión.

—Podemos pensar otra forma de...

—No, esto va a funcionar —repuse. Era mi propia idea y estaba convencida de que iba a resultar. Los había persuadido a todos después de refutar uno por uno sus argumentos, hasta que aceptaron. Will, Cassian y Tamara. Mi hermana se había quedado escondida a varios kilómetros de allí hasta que Will y Cassian regresaran por ella.

El semblante de Will se puso tenso. De pronto, pareció más viejo y cansado, pero igual desgarradoramente hermoso. Parpadeando, deslicé con suavidad los dedos por su rostro hasta la mandíbula cuadrada y rasposa.

—Todo estará bien —le aseguré—. Solo tienes que atenerte al plan.

—No hagas ninguna estupidez allí adentro... no trates de convertirte en una heroína...

Apreté mis labios contra los suyos y disfruté del fresco contacto. Sus ojos se suavizaron y los destellos dorados, cafés y verdes me recordaron un bosque en otoño. Siempre que me miraba de esa forma, algo se desplegaba dentro de mi pecho.

Consciente de que nos estaba observando, inhalé profundamente y desvié la mirada hacia Cassian. Pero él tenía la vista fija en los árboles mientras golpeaba el suelo con el zapato. Aun así, podía sentirlo a través de nuestra percepción mutua. A pesar de que él estaba haciendo un gran esfuerzo para dejarnos solos a Will y a mí, yo podía notar lo concentrado que estaba en evitar mirarnos... y su lucha por ocultar el enojo que se escurría en su interior.

Esperé a que mirara en nuestra dirección, o tal vez lo ayudé a hacerlo, no lo sé. Todo aquello de compartir un vínculo era aún muy nuevo. Cuando finalmente miró hacia nosotros, le hice un ademán con la cabeza y me respondió con un ligero asentimiento.

Tracé un pequeño círculo en el aire y hablé en voz suficientemente alta para que quedara claro que me dirigía a ambos.

—Ahora dense vuelta.

Una sonrisa ligera se dibujó en el rostro de Will, pero accedió. Cassian también lo hizo. Ambos se colocaron de espaldas a mí mientras me desataba los zapatos pausadamente y me quitaba los jeans. Doblé la ropa y la apilé con mucho cuidado... como si esa acción fuera de la mayor importancia. Seguramente estaba intentando extender el tiempo.

Desnuda, me quedé mirando la espalda de Will: el suave algodón gris de su camiseta se estiraba por encima de sus fuertes omóplatos. El aire se deslizó por mi cuerpo y el sol me acarició la piel. Había llegado el momento de subir a la camioneta y cerrar la puerta. Nos dirigiríamos a la cueva del lobo, donde me abandonarían como yo se los había pedido. Si las cosas salían mal... Moví la cabeza: no debía pensar en eso.

De todos modos, mi garganta se puso tensa. De repente, el pudor no me pareció tan importante. Apoyé la mano en el hombro de Will para que se diera vuelta y apreté mis labios contra los suyos en un beso que se pareció mucho a una despedida. Deposité en él todo lo que tenía, los recuerdos compartidos, lo que habíamos atravesado juntos: la vida en Chaparral, su familia de cazadores tratando de aniquilarme, el momento en que perdimos a Miram y la vez que Corbin había intentado matarlo...

Con sus manos rodeando mi espalda, lo besé hasta que ese ardor tan familiar se despertó en mi interior y comenzó a ascender por la tráquea. Con el rostro encendido, me aparté jadeando, anhelante y desnuda.

La mirada de Will cayó sobre mí y descendió por mi cuerpo sin perderse nada antes de volver a subir. Luego respiró hondo y se le hinchó el pecho. Aunque me ardían las mejillas, permanecí inmóvil. Una emoción abrasadora centelleó en sus ojos almendrados y comprendí que tenía que marcharme. De lo contrario, jamás lo haría.

Subí a la camioneta de un salto y comencé a cerrar la puerta.

Su voz me detuvo.

—Espera. Tienes que manifestarte —advirtió, tomando las cuerdas.

—Ah —exclamé. ¿Cómo lo había olvidado? Teníamos que hacer las cosas bien para que mordieran el anzuelo.

Me bajé y me obligué a cambiar mi forma humana. Con las emociones que Will despertaba dentro de mí, manifestarme no me llevó mucho tiempo. La piel se estiró y las alas pugnaron por liberarse con un chisporroteo apenas perceptible.

Will me observó un instante con evidente admiración. Una brisa recorrió mi cuerpo y me conmoví al comprobar que, al igual que la primera vez, todavía lo deslumbraba verme bajo mi forma draki. Como si yo fuera un ser hermoso y no esa criatura que su familia perseguía. Eso me dio más confianza en mí misma, cosa que iba a necesitar, ya que estaba por encontrarme con los siniestros fantasmas de mi infancia, los enkros, que enviaban a los cazadores a perseguir a mi especie. Por fin iba a conocer sus rostros. Un súbito estremecimiento corrió por mi espalda.

Rápida pero cuidadosamente, Will me ató las muñecas y luego las alas. Como si no soportara lo que estaba haciendo, evitó mirarme a los ojos mientras trabajaba.

Cuando Cassian se dio vuelta y me vio atada como una cautiva, percibí que lo asaltaban las dudas. Al ayudarme a entrar en la camioneta, Will alzó los ojos y le sonreí. La sonrisa surgió débil y forzada, de modo que dejé que se esfumara y le comuniqué con la mirada que todo estaba bien.

Después me coloqué de espaldas a él para que no pudiera ver mi rostro... y yo no pudiera ver el suyo y arrepentirme.

Sentí su espera y su vacilación detrás de mí, así como percibí la creciente preocupación que atormentaba a Cassian. Pero no miré hacia atrás, a ninguno de los dos. No podía. Si lo hacía, temía ceder y derrumbarme como aquella niñita que temblaba en la oscuridad bajo las mantas, cuando Az susurraba historias sobre los enkros y las cosas terribles que les hacían a los drakis que capturaban. No teníamos forma de comprobar la veracidad de esos relatos, ya que ninguno de esos drakis había logrado regresar a la comunidad.

Finalmente, Will cerró la puerta y quedé encerrada en el interior del vehículo. Me di vuelta y apoyé las manos trémulas contra el metal frío.

Por unos instantes las mantuve ahí, como si de esa manera pudiera llegar hasta él y sentirlo del otro lado. A él y no a Cassian.

Unos segundos después, escuché los golpes de las puertas cuando ellos subieron a la parte delantera. La camioneta arrancó y todo comenzó a rugir a mi alrededor. Elegí un sitio donde sentarme en el piso mugriento y me abracé las piernas con fuerza mientras se me hacía un nudo en el estómago.

Inhalando profundamente, me preparé para el inicio de la batalla que había estado esperando toda la vida.

El traqueteo del viaje me arrancó parte del valor. Todo me resultaba tan conocido que me cuestioné mi salud mental por haberme ofrecido para pasar por eso nuevamente. La parte trasera de la camioneta me daba claustrofobia, había poco aire y poco espacio para moverse. Y, además, estaba maniatada: como en mis peores pesadillas. Mi mente se quedó aferrada a aquella última vez que había estado prisionera en un vehículo igual a este.

*La última vez...*

Después de todo, esa era la razón por la cual me hallaba ahí.

Respiré pequeñas bocanadas de aire mientras luchaba por calmarme y me repetía que, ahora, la situación estaba bajo control. Sacudí la cabeza para apartar los mechones de pelo del rostro y traté de mantener el equilibrio en medio de una curva pronunciada.

Para aplacar los nervios, hice una lista mental de las diferencias: esta vez confiaba en los conductores, ellos me iban a proteger, sabía adónde nos dirigíamos, había visto el lugar y no estaba herida; al menos, no físicamente. Pero estaba sola, sin Miram.

Ella era el motivo por el cual nos encontrábamos ahí: íbamos a rescatarla. Para ser sincera, ella era solo una parte de esta misión, que se había convertido en algo más grande, más personal: una búsqueda de la verdad. Y Will lo sabía. No creía que Tamara se diera cuenta, ni siquiera Cassian, pero Will sabía que yo estaba buscando respuestas... y a papá.

La camioneta disminuyó la velocidad y se detuvo. Contuve la respiración y el aire escapó en volutas de niebla por mis labios y mi nariz. No fue algo

deliberado, es lo que soy: una draki que exhala fuego. Y tal como ahora, cuando la emoción me domina me resulta especialmente difícil ser otra cosa.

Miedo, ira, vacilación. ¿Acaso estaba bromeando cuando le dije a Will que esto funcionaría? ¿Estaba engañándome? Todas esas emociones surgieron en mi interior como una ola de carbón y ceniza, dispuesta a brotar libremente en llamaradas de fuego.

Desde el exterior de la caja de metal me llegaron voces. En pocos instantes estaría sola entre los enkros, como habíamos planeado. Esperé, con los músculos tensos y vibrantes bajo la piel de draki. Las alas empujaron las ataduras, pero Will había hecho un buen trabajo; no podría liberarme aunque quisiera. De todos modos, no quería: ese no era el plan. Yo debía representar el papel de una auténtica prisionera.

Durante un instante pensé en mi hermana, que estaba sola en la habitación del hotel esperando que los chicos regresaran. Cuando nos separamos ella sonrió, pero su mirada decía otra cosa. La sonrisa no había brotado de su corazón. La humedad brillaba en sus ojos de escarcha y supe que se echaría a llorar apenas partiéramos.

Tamara estuvo en desacuerdo con toda esta conspiración desde el principio. Incluso después de haber logrado convencer a Will y a Cassian, ella seguía estando en contra. Mientras las ataduras se hundían en mi piel y me cortaban la circulación, aparté los pensamientos de Tamara y mis crecientes preocupaciones. Con renovada determinación, fijé la vista en las puertas traseras y esperé. Las palabras se diseminaron por el aire y creí reconocer el sonido apagado de la voz de Will. O podía ser simplemente mi deseo ferviente de escucharla.

Cassian se encontraba allí, no necesitaba oírlo para saberlo: podía sentirlo. Mientras aguardaba en las sombras, su furia me golpeó como un puñetazo raudo y feroz. Debía estar frente a ellos en aquel mismo momento. Una ráfaga de aire caliente escapó entre mis dientes y su ira me envolvió con un frío tan profundo que sentí que un ardor gélido me llegaba hasta la médula.

Para combatirlo, busqué en mi interior lo que conozco, lo que soy. El fuego creció dentro de mí y fue abriendo un camino calcinante a través de la tráquea para contrarrestar la furia helada de Cassian.

Se oyó un chirrido y un sonido metálico. Dirigí la vista bruscamente hacia adelante mientras se abrían las puertas.

Cuando la luz inundó mi celda de paredes metálicas, alcé las manos atadas para protegerme los ojos. Espié entre las ranuras de los dedos y distinguí a Will, que se mostraba relajado y tranquilo, sin dejar entrever nada. Al menos en el exterior. Mientras me señalaba con la mano, un músculo se movió bajo la piel de su mandíbula y me reveló su nerviosismo.

—Aquí la tienen, chicos...

Cassian permanecía un poco relegado con varios tipos más: individuos con bata blanca de laboratorio que me escudriñaban con mirada profunda y calculadora. *Enkros*. El espectáculo me sacudió: no estaba preparada para eso.

Cuando vi a Cassian junto a ellos, percibí lo irónico de la situación y unas ganas ridículas de echarme a reír se alborotaron en mi garganta.

Me obligué a concentrarme. Metieron la camioneta marcha atrás a través de una especie de entrada de garaje. Un largo y estrecho pasillo blanco se extendió ante mí; a lo lejos aguardaba una puerta de acero. No había posibilidad de escapar hacia el mundo exterior, hacia el cielo. Aunque yo no estaba ahí para huir. Al menos, no todavía.

Uno de los hombres de bata blanca se aproximó, sosteniendo una vara que tenía una lazada en el extremo. Antes de que me diera cuenta de lo que estaba haciendo, dejó caer la lazada alrededor de mis manos, la ciñó con firmeza y, con un tirón violento, me arrastró fuera del vehículo. Antes de precipitarme y chocar contra el suelo frío, capté un vistazo fugaz de sus ojos calculadores, de un azul tan pálido que parecían no tener color.

Lancé un grito de dolor al aterrizar sobre el hombro, sin dejar de sorprenderme por la apariencia tan normal de aquellos hombres de bata blanca. Parecían médicos o investigadores y no la secreta amenaza que había ensombrecido mi vida durante tanto tiempo.

Un nuevo aluvión de la furia de Cassian me azotó con violencia. Me estremecí e intenté deshacerme de ella, pues me debilitaba: me producía deseos de pelear, de liberar sobre esos enkros todo lo que yo era. Y no podía hacerlo.

Will dejó escapar un sonido, una mezcla de gruñido y de exhalación. Al alzar los ojos, mi mirada se encontró con la suya. Con las manos flexionadas a los costados, apenas lograba contenerse. Moví ligeramente la cabeza para darle a entender que tenía que mantener la calma.

Ya era hora de que se marcharan. Sabía que eso sería una tortura para ellos y no podía arriesgarme a que alguno de los dos mostrara la más leve señal de verse afectado por el trato que yo recibía.

—¡Levántate! ¡Vamos! —gritó mi captor mientras agitaba la vara. Las cuerdas se me incrustaron tan profundamente en las muñecas que pensé que, si no me movía, podría perder las manos.

Al echarle una mirada de odio, quedé impresionada por la falta de pasión que había en aquellos ojos glaucos. Estaban vacíos; ni siquiera tenían el veneno ni la maldad que yo había imaginado. *Se muestra impasible porque cree que está haciendo lo correcto*, pensé.

La ira de Cassian continuaba abriendo un camino sinuoso a través de mí.

—Mírenla —exclamó uno de los sujetos de bata blanca y estuve a punto de echar un vistazo a mi cuerpo para ver a qué se refería.

Con una ola de movimientos rápidos y frenéticos, y antes de que pudiera reaccionar, me sellaron la boca con cinta adhesiva. Supuse que tenían los conocimientos necesarios como para saber qué soy y qué puedo hacer.

El hombre retrocedió unos pasos.

—Ya está. Eso será suficiente por el momento, hasta que esté preparada. No podrá prenderle fuego a nadie.

Sofocada, solo atiné a emitir un gruñido. Mis ojos vagaron desesperados buscando a Will. Necesitaba verlo de nuevo, solo una vez más antes de que me llevaran y me “prepararan”.



Otro tirón enérgico y me puse de pie con dificultad. Me arrastraron raudamente delante del grupo y me condujeron por el corredor. Bombillas enjauladas bañaban el pasillo con una despiadada luz amarillenta.

En medio del movimiento, ya no pude divisar ni a Will ni a Cassian.

Pero el miedo y la frustración de Cassian me envolvieron con el hielo abrasador de sus emociones. Eché una mirada por encima del hombro para ver a ambos por última vez. Cassian permanecía de pie como una estatua observando mi partida y Will hablaba con uno de los sujetos de bata blanca. Su mirada se deslizó fugazmente hacia mí y luego se alejó. Se veía inusualmente pálido mientras se frotaba con la mano el costado del cuello, como si hubiera algo allí que quisiera borrar.

Unos segundos después llegamos al final del corredor, atravesamos la puerta y ya no volví a ver a Will.

A partir de ese momento, no me quedaba más que mirar hacia adelante.

\*\*\*

Rodeada de mis captores, descendí en el elevador. Se mantuvieron alejados de mí, contra las paredes, con las armas listas.

Era reconfortante saber que me consideraban peligrosa aun con la boca sellada. Sentí la ausencia de Will y de Cassian tan agudamente como la hoja de un cuchillo. Pese a que mi corazón anhelaba a Will, fue el vacío que dejó Cassian lo que percibí con mayor intensidad mientras su furia helada desaparecía y se alejaba con él. Y no fue solamente esa furia lo que perdí, sino también su inquietud, su preocupación, sus miedos... sus dudas. Todo eso se evaporó en el aire como anillos de humo.

Entonces me quedé sola con mis sentimientos, pero al menos ya podía enfrentarlos sin tener que esforzarme por separar lo que era mío de lo que era de Cassian.

Mientras me conducían a través de las entrañas de la fortaleza, ya no tuve que fingir el miedo que sentía. No estaba segura de lo que había

esperado encontrar... quizás algo más parecido a los calabozos de un castillo. De cualquier manera, las paredes blancas y el techo brillante no se les parecían en nada. Bajo mis pies desnudos, el piso de baldosas era liso y helado y, aunque en general prefiero el frío, me estremecí. Aquel no era el suelo fresco y suave del bosque, tapizado de agujas de pino y tierra blanda. Aquí el piso aséptico era duro y carecía de vida.

Nos acercamos a una puerta que se abrió deslizándose silenciosamente.

El súbito resplandor de la habitación que surgió delante de mí me hizo parpadear. Mientras mis ojos se acostumbraban a la luz, se me contrajo la garganta ante lo que me esperaba del otro lado.

Una larga mesa de observación se extendía delante de varias celdas, que tenían el frente de vidrio y tres paredes blancas y lisas. Y en el interior de esas celdas había drakis, de todas las formas, tamaños y colores.

No pude contarlos con exactitud, pero debían ser unos diez en total.

La visión fue tan abrumadora que me paralizó. De inmediato recibí un golpe muy fuerte en la espalda y me tambaleé. El hombre de bata blanca que me conducía comenzó a dar gritos y sus labios se retorcieron en un gruñido mientras me tironeaba las muñecas. Un segundo después caí de rodillas y el dolor me atravesó las articulaciones como una lanza. Las tiras plásticas se ciñeron con más fuerza y me cortaron la circulación.

Para ellos, yo era claramente un animal. Menos que eso. En los ojos de mis guardianes asomaba un dejo de repugnancia pero también un atisbo de fascinación. Yo era una bestia y les causaba horror. Si hubiera sido un simple animal, una criatura común del bosque, me habrían tratado con más gentileza y amabilidad.

Pero no lo soy. Soy este ser extraño, un monstruo que ven como algo anormal a pesar de que mis ancestros, los dragones, han habitado la Tierra desde antes que el ser humano.

Mientras me empujaban a través del amplio recinto, el corazón me latía a un ritmo salvaje. Con rapidez, escruté cada una de las celdas en busca de Miram.

Enseguida la divisé y lancé un resoplido de entusiasmo al ver que estaba viva. Se hallaba acurrucada sobre un costado y el bronceado de su piel pálida y anodina carecía del brillo de sus vecinos. Tenía los ojos cerrados y su cabello se extendía por el suelo, liso e insulso como trigo seco.

Le grité en lengua draki. A pesar de la cinta que tapaba mi boca, logré hacer mucho ruido y varios drakis alzaron la cabeza hacia mí.

Pero ella no reaccionó; sus ojos no emitieron siquiera el más leve parpadeo.

Detrás de la mordaza, grité su nombre una y otra vez.

Abrió los ojos de golpe y pensé que me había escuchado, pues dirigió la mirada hacia donde me encontraba. Pero luego sus párpados volvieron a cerrarse. Por dentro, sentí crecer mi desánimo. Era como si no le importara. O tal vez no había notado que era yo... o la habían drogado. Era imposible saber realmente qué le habían hecho.

Luego me condujeron a una celda vacía y ya no la vi más. La puerta transparente se abrió con un chirrido y me hicieron entrar de un empujón. Un grupo de batas blancas llegó detrás, trayendo un aparato que me lanzó una descarga eléctrica.

Me derrumbé como un peso muerto y un grito quedó atorado en mi garganta. Me desataron las alas y las muñecas con rapidez mientras yo me retorcí en el suelo frío, mirando y sintiendo pero incapaz de controlar mis movimientos. En resumen, un infierno. Aunque me dejaron la cinta adhesiva sobre la boca, era incapaz de quitármela.

Todos abandonaron la celda excepto uno, que se demoró observándome con cierto interés. Mientras soportaba su examen, mi pulso palpitaba agitado en mi cuello: sabía que él podía hacerme cualquier cosa y yo no podría levantar un dedo para defenderme.

Se inclinó y pasó los dedos por mi brazo. Sentí que el estómago se me retorció de repugnancia: un torrente de bilis bulló por mi garganta.

Detrás de él apareció uno de sus compañeros.

—Vamos, Lewis.

Lewis movió la cabeza mientras me echaba una mirada de fría curiosidad.  
—Esta sí que tiene una hermosa piel —balbuceó.

—Sí, y exhala fuego, así que será mejor que te marches de aquí hasta que le hayamos hecho los estudios correspondientes y sepamos cómo tratar a este dragón en particular. ¿Recuerdas las historias de aquellos cazadores que fueron los últimos en atrapar a un lanzallamas?

—¿Crees que sea la misma?

—No lo sé. No importa. Lo que quiero decir es que se les escapó. Por lo tanto, no la subestimes. Ahora vámonos —dijo el hombre que había dado el consejo, y se alejó.

Lewis continuaba examinándome con la cabeza ladeada.

—Pero ahora no puedes hacer nada, ¿no es cierto? Eres inofensiva —su mano se deslizó por mi vientre y me acarició pausadamente antes de que sus dedos me pellizcaran y retorcieran mi piel con ligereza y ferocidad—. ¿Cómo es eso de sentirse indefensa? Ahora estás en nuestras manos. No puedes escapar. ¿Comprendes?

Después de un instante prolongado, asintió con satisfacción y me soltó.

—Nos vemos después —anunció, y retrocedió unos pasos hasta que la puerta transparente se cerró entre nosotros.

Sola, permanecí inmóvil en el suelo y apreté mis labios trémulos con fuerza. Era lo único que podía hacer para no gritar.